

San Martín, Sucre y Bolívar en las tradiciones palmistas

Eduardo Arroyo Laguna
Universidad Ricardo Palma
earroyo@urp.edu.pe
Lima-Perú

Resumen

El tradicionista desarrolla una importante serie de sus escritos sobre don José de San Martín, Antonio José de Sucre y Simón Bolívar en importantes momentos de su acción independizadora.

Palabras clave: José de San Martín, Antonio José de Sucre, Simón Bolívar, tradiciones, independencia.

Abstract

The traditionist develops an important series of his writings about Don José de San Martín, Antonio José de Sucre and Simón Bolívar in important moments of their independence action.

Keywords: José de San Martín, Antonio José de Sucre, Simón Bolívar.

Don Ricardo Palma no solo es el genial creador y difusor del género de las tradiciones, sino que las promovió e incentivó en diversas partes de nuestro continente. Ello hace ver su interés por revisar nuestra historia y darle ese vuelco que caracteriza a la tradición, que sin ser historia en el sentido estricto del término, trabaja con categorías propias de esta ciencia social e ilumina la vida de los pueblos con su aire irónico y satírico (Tanner, 2005).

En ese sentido, Palma (1964) nos dice:

En el fondo, la tradición no es más que una de las formas que puede revestir la historia, pero sin los escollos de ésta. Cumple a la historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía, y apreciarlos, desde el punto de vista filosófico social,

con la imparcialidad de juicio y elevación de propósitos que tanto realza a los historiadores modernos Macaulay, Thierry y Modesto de Lafuente. La Historia que desfigura, que omite o que aprecia sólo los hechos que convienen o como convienen; la historia que se ajusta al espíritu de escuela o de bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la tradición. A ella, sobre una base pequeña de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades. La Tradición es la fina tela que dio vida a las bellísimas mentiras de la novela histórica, cultivada por Walter Scott en Inglaterra, por Alejandro Dumas en Francia y por Fernández y González en España.

Sobre americanismo en literatura, [...] es la Tradición el género que mejor lo representa [...] y el que escriba Tradiciones no sólo está obligado a darles colorido local, sino que hasta en el lenguaje debe sacrificar, siempre que oportuno lo considere, la pureza clásica del castellano idioma, para poner en boca de sus personajes frases de riguroso provincialismo [...] o debe huirse de la naturalidad [...] Estilo ligero, frase redondeada, sobriedad en las descripciones, rapidez en el relato, presentación de personajes y caracteres en un rasgo de pluma, diálogo sencillo a la que par que animado, novela en miniatura [...]. (p. 1474)

Muchos de los comentarios que encontramos en las *Tradiciones peruanas* construyen imaginarios e influyen en el pensamiento de los lectores y en su percepción de las cosas. Además, llegan a crear realidades, como es el caso de precursores, que van desde José Faustino Sánchez Carrión, Toribio Rodríguez de Mendoza y Baquijano y Carrillo, hasta las figuras de San Martín, Antonio José de Sucre y Simón Bolívar.

La visión palmista del general José de San Martín

En relación con el general José de San Martín y Matorras, Palma nos presenta al final de sus *Tradiciones peruanas*, la sección «Parrafadas de crítica». En esta refiere la honestidad de San Martín, su hidalguía, caballerosidad y disciplina, y en gran medida defiende el monarquismo de San Martín, quien se afilia a esta posición política luego de ver mucho desorden en la iniciada república, incapaz de control e hija del caos y la anarquía.

En realidad, el Protector (San Martín) es monárquico como un modo transitorio de llegar a la república, una suerte de monarquía peruano-española, ya que consideraba que se necesitaba un gobierno

de transición y no una república de inmediato sin ninguna preparación. Palma comprende a San Martín y no se hace ascos con sus posiciones intermedias. Se respira en las tradiciones un halo de admiración por el general argentino.

Así, pues, dice el tradicionista:

El tomo tercero, y para nosotros el más importante de la obra, está consagrado al Perú y a las Repúblicas de Colombia. Sin que Mitre lo trace, el lector se ve obligado a hacer un paralelo entre los dos libertadores de Sudamérica, paralelo en el que no siempre queda muy arriba la personalidad de Bolívar [...]. La gloria de San Martín había llegado al grado culminante de la declinación de los astros que han recorrido su curva ascensional. Era, como fundador de tres nacionalidades (la argentina, la chilena y la peruana), por sus grandes planes de campaña continental, por sus combinaciones estratégicas y por sus victorias, el primer capitán del nuevo mundo. De todos los sudamericanos hasta entonces nacidos, era el más grande y el más genuinamente americano. Para ser más grande, sólo le faltaba completar su obra. Su medida histórica en los sucesos contemporáneos únicamente podía compararse con la de Bolívar [...]. Si buscaba la monarquía constitucional, era sin ambición personal, anteponiendo sus convicciones republicanas a lo que consideraba relativamente mejor para coronar la Independencia con un gobierno estable que conciliase el orden con la libertad y corrigiese la anarquía [...]. Siempre hemos opinado que el plan monárquico de San Martín era hijo de una conciencia honrada y de verdadera sensatez. El Perú de 1821, aunque nos duela confesarlo, para todo estaba preparado menos para la vida republicana [...] mal podía romper en un instante con su pasado y hábitos de tres siglos. La transición era demasiado brusca. (Palma, 1964, p. 1501)

Pese a que la tradición no es precisamente historia, sí se desliza admiración por San Martín y por el mariscal Antonio José de Sucre, mientras que en cuanto a Bolívar, Palma pierde objetividad y no deja de lanzarle dardos y puntazos por su espíritu bohemio y mujeriego. El ascetismo y la racionalidad de San Martín y Sucre, así como su carácter apolíneo, disciplinado y ordenador, parece contrastar con el carácter dionisiaco de Bolívar, quien cae bajo el veneno del chismorreo que en Lima, como en toda ciudad, es el vehículo de la maledicencia y la deshonra.

No conviene, sin embargo, perder la visión racional por cuanto don Simón Bolívar, al margen de los vericuetos de su vida privada, era un militar de polendas, ganador de mil batallas, redactor de cientos de

cartas y proclamas en diversos idiomas, además de un intelectual que había desarrollado diversas concepciones acerca de nuestro continente y su relación con el mundo, y que desarrolla en numerosos escritos. Fue ideólogo y estratega continental, un revolucionario frente al reformismo de San Martín.

El general argentino Mitre, dedica atención a la famosa entrevista de Guayaquil, diciendo:

El encuentro de los grandes hombres que ejercen influencia decisiva en los destinos humanos es tan raro [...]. Tal sucedió con San Martín y Bolívar, los dos únicos grandes hombres sudamericanos por la extensión de su teatro de acción [...]. Son los únicos hijos del Nuevo Mundo, después de Washington, que dio al mundo la nueva medida del gobierno humano según la vara de la justicia [...]. Bolívar y San Martín fueron los libertadores de un nuevo mundo republicano, que restableció el dinamismo del mundo político por efecto de la revolución que hicieron triunfar. Su acción fue dual, como la de los miembros de un mismo cuerpo, y hasta su choque y antagonismo final responde a su acción dupla, que se completa la una por la otra... El paralelismo de San Martín y de Bolívar está en su obra [...]. Los dos son intrínsecamente grandes en su escala..., más como libertadores que como hombres de pensamiento [...] el tiempo que aquilata las acciones por sus resultados, dando a Bolívar la corona del triunfo final, ha dado a San Martín la de primer capitán del Nuevo Mundo, y la obra de la hegemonía por él representada vive en las autonomías que fundó, aunque no como lo imaginara, mientras el gran imperio republicano de Bolívar y la unificación monocrática de la América se hizo en vida y se ha disipado como un sueño [...]. San Martín es un genio concreto, con más cálculo que inspiración, y Bolívar un genio desequilibrado, con más instinto y más imaginación que previsión y método. Si la conciencia sudamericana adoptase el culto de los héroes [...] adoptaría por símbolo los nombres de San Martín y de Bolívar, con todas las deficiencias como hombres, con todos sus errores como políticos. (Palma, 1964, p. 1502)

Refiere Palma, en su tradición «El padre Pata», que un sacerdote realista en Lima despotricaba contra el general San Martín del peor modo, lo que indignó al Protector. Decía el miserable en sus homilías:

Carísimos hermanos: sabed que el nombre de ese pícaro insurgente de San Martín es por sí solo una blasfemia, y que está en pecado mortal todo el que lo pronuncie, no siendo para execrarlo. ¿Qué

tiene de santo ese hombre malvado? ¿Llamarse San Martín ese sinvergüenza, con agravio del caritativo santo San Martín de Tours, que dividió su capa entre los pobres? Confórmese con llamarse sencillamente Martín, y le estará bien, por lo que tiene de semejante con su colomboño el pérfido hereje Martín Lutero, y porque, como éste, tiene que arder en los profundos infiernos. Sabed, pues, hermanos y oyentes míos, que declaro excomulgado vitando a todo el que gritare ¡Viva San Martín!, iporque es lo mismo que mofarse impiamente de la santidad que Dios acuerda a los buenos. (Palma, 1964, p. 947)

El fraile fue capturado por San Martín, quien le quitó la primera sílaba al apellido Zapata, por lo que quedó como el padre Pata. «Y cuentan que, hasta 1823, no hubo en Chancay partida de nacimiento, defunción u otro documento parroquial que no llevase por firma fray Matías Pata. Vino Bolívar, y le devolvió el uso y el abuso de la sílaba eliminada» (Palma, 1964, p. 949). Aquí Palma compara equitativamente a San Martín y Bolívar, y pese a su admiración por San Martín, prefiere la justicia de Bolívar, quien le devuelve el apellido al padre Pata.

Por supuesto que el tradicionista busca los ángulos que dibujen mejor a los personajes que trata, así como características que él caricaturice. No puede con Sucre, un militar casto y derecho, no así Bolívar, un mujeriego a quien Palma ridiculiza y engrandece en su promiscuidad, dejando a Sucre como el santo de la película. A San Martín, un ilustre varón, también le encuentra sus pecadillos veniales y se regodea en el descubrimiento de doña Rosita Campusano, a quien denominan la Protectora, femenino del grado de Protector impuesto a San Martín. Esta dama, nacida en Guayaquil en 1798, llega a Lima allá por el año de 1817 como amante de un acaudalado español. En las tertulias que organizaba doña Rosita figuraban una serie de personajes de nuestros patricios republicanos, pero también defensores del coloniaje español, lo que llevó a que la Campusano, al hacerse ardiente partidaria de la patria, llevara al cuartel de Huaura de San Martín, ya llegado al Perú, los datos que le confiaban los confiados españoles que le hacían la corte.

Sostiene Palma lo siguiente:

San Martín, antagónico en esto a su ministro Monteagudo y al libertador Bolívar, no dio en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriegas. Sus relaciones con la Campusano fueron de tapadillo. Jamás se le vio en público con su querida; pero como nada hay oculto bajo el sol, algo debió traslucirse, y la heroína

quedó bautizada con el sobrenombre de la Protectora [...] el protector hubiera investido a su favorita la Campusano con la banda bicolor (blanco y rojo), distintivo de las caballeresas [...]. Con el alejamiento de San Martín de la vida pública se eclipsa también la estrella de doña Rosa Campusano [...] el Congreso del Perú asignó a la caballeresa de la Orden del Sol, una modesta pensión. La Protectora murió en Lima, por los años de 1858 a 1860. (Palma, 1964, p. 953)

Visión palmista de la gesta épica de Junín y Ayacucho

Sobre los triunfos de Junín y Ayacucho, dice Palma en sus «Parrafadas de crítica» («Refutación a un texto de Historia»), refiriéndose a las tergiversaciones groseras y totales del sacerdote jesuita Ricardo Ccapa sobre el Perú y América, que:

Hasta la gloria de los laureles que en Ayacucho alcanzaron los americanos es vulnerada por la pluma del *sois disant* historiador jesuita. La victoria no se debió al esfuerzo de los patriotas, sino a la traición de Canterac, el general en jefe de los realistas. Y luego (no se caiga de espaldas el lector) en Ayacucho el ejército independiente no tuvo los 5686 hombres que la lista de revista, los partes oficiales y demás documentos consignados [...] sino 8000 hombres, número casi igual al del ejército realista, cuyo efectivo, en realidad, fue cerca de 10 000 [...]. Precisamente, todos los entendidos en el arte militar, así españoles como americanos, que han escrito sobre la batalla de Ayacucho, convienen en que esa batalla fue, por parte de los patriotas, la más correcta, la más ajustada a estrategia entre cuantas se dieran en América durante la larga guerra de la Independencia. No es Pichincha, es Ayacucho la acción que, como soldado, pone a Sucre al lado de los grandes capitanes [...]. (Palma, 1964, p. 1487)

Creo que la historia debe considerar el heroísmo del general Antonio José de Sucre, el real triunfador de Ayacucho sin el concurso de Bolívar, quien se quedó en Lima, negado a la guerra por orden del gobierno de la Gran Colombia, de quien era presidente.

Visión palmista del general Antonio José de Sucre

Sucre merece una reivindicación histórica porque gracias a su esfuerzo logramos el triunfo de Ayacucho y la libertad definitiva de América. Pero el triunfo de la gesta bicentenaria fue también el triunfo de muchos peruanos con un gran amor a la patria y a las causas justas; fue

la lucha por la autonomía frente a una abrumadora milicia realista, en la que se impuso la defensa de la emancipación, la táctica y la estrategia, la sangre y el cerebro frío; todo ello primó en Ayacucho de parte de Sucre frente a un ejército mayor y mejor apertrechado, pero aprovechando cada error del enemigo en ese juego de presiones psicológicas en que se convierten las guerras y batallas.

Sostiene Palma (1964):

Antonio José de Sucre nació en Cumaná en 1795, y desde la edad de diez y seis años se enroló en las filas patriotas. En 1813 mandaba ya un batallón. Desde la batalla de Pichincha empezó a figurar como general en jefe. Siendo, en 1828, presidente de Bolivia, envió su poder a un amigo para contraer matrimonio, en Quito, con la marquesa de Solanda, y ¡curiosa coincidencia!, el mismo día, 18 de abril, en que se celebraba la ceremonia nupcial, era Sucre herido, en Chuquisaca, al sofocar un movimiento revolucionario. El Gran Mariscal de Ayacucho fue villanamente asesinado el 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos. (p. 994)

También destacan las consideraciones temperamentales de los personajes, ese elemento con el que se nace, substrato y esencia de la personalidad que moldeado configura el carácter, el temperamento trabajado psicológicamente:

El general venezolano creía que había llegado al final de su marcha y, también, de su propia carrera militar. Porque Sucre, sin cumplir los treinta, llevaba media vida en el ejército patriota subiendo año tras año en el escalafón. Pero nadie en el ejército realista del Perú lo conocía, era una incógnita su aspecto físico, su manera de entender el arte de la guerra y la forma de actuar, porque siempre había estado a la sombra de Bolívar, para quien era más que un general: lo consideraba su hijo putativo, el azote del desorden y el amigo de todos. No podía tener más elogios en su entorno.

Con estudios elementales de agrimensura, geometría, matemática y dibujo, Antonio José de Sucre —a quien sus familiares llaman Toñito— había demostrado desde los trece años ser una persona con hechuras de militar y un individuo de sensibilidad acentuada. Fue teniente con dieciséis años, coronel con veintiuno, general de brigada con veintiséis y en estas vísperas se encuentra en la cúspide de su carrera militar: es el comandante en jefe de todo el ejército patriota.

Nadie en su Estado Mayor es capaz de discutirle una orden, y no solo eso. Ninguno tiene su prestigio y genera tanta admiración, porque

Sucre une a su vocación por el orden una característica impropia de un ejército levantado en armas: su facilidad para encontrar la palabra, la frase... Los oficiales de su entorno lo definen como una persona delgada, fibroso, de talla mediana, pelo ensortijado, modales finos, taciturno, discreto y modesto por naturaleza, además de poco locuaz. Nunca hacen referencia a su bragueta, en ocasiones belicosa, como la de su jefe, porque no lo consideran necesario. Va de suyo [...] Bolívar dijo de él [...] que era «el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra». Sucre era hermano masón que viajaba con la escuadra, la regla y el compás. Dominaba la cartografía como ninguno... Le quedan cinco años y medio más de vida, porque morirá asesinado en Berruecos, cerca de Nariño, Colombia. (Goñi, 2021, p. 26)

Estos libertadores iban de país a país independizándolos, plenos de una mística americanista y de un espíritu unitario continental. Ponían toda su sangre en cada campaña, y por ello son hijos de la inmortalidad, forjando la vida con la épica de las espadas en el campo de batalla.

Sucre llega al Perú, dado que:

Tras el fracaso de la Primera Campaña de Intermedios, las presiones sociales, políticas y militares exigieron a Riva Agüero que pidiera ayuda a la Gran Colombia para conjurar el peligro que el Ejército Real del Perú significaba para la Independencia. Y Simón Bolívar respondió enviando a Sucre con 6000 hombres y dándole absoluta capacidad de negociación sobre las condiciones en que los grancolombianos ayudarían al Perú. Todo esto, que debió acelerar la consolidación militar de la Independencia peruana, se vio entorpecido por la toma de la ciudad por parte de Canterac. Ahora, en pleno invierno de 1823, el brigadier español se enseñorea por las calles y plazas limeñas. Confiado y soberbio por su victoria doble sobre el ejército patriota en Torata y Moquegua... Para que el general Sucre pudiera marchar al rescate de la capital tenía que saber, entre otras cosas, a qué tipo de fuerza se enfrentaría y cuál era el grado de preparación. Aquí entra en acción José Olaya... El silencio de Olaya permitió que se dieran todas las condiciones para que los patriotas recuperasen Lima. El 19 de julio, las tropas del Ejército Libertador, encabezadas por Antonio José de Sucre, ingresaban a la ciudad. Otra vez la capital del Perú cambiaba de manos y, como en las oportunidades anteriores, se dio sin que se disparara un solo balazo. «Viendo Canterac que no podía alcanzar ninguna ventaja positiva contra los castillos del Callao, y sabiendo al mismo tiempo que Sucre enviaba tropas por mar al sur, evacuó a Lima el 17 de julio

y marchó a Huancavelica. El general Martínez, junto con los restos del ejército de los Andes, fue destinado para seguirle en su retirada, pero Canterac hizo su marcha sin ser molestado», escribió el general inglés William Miller. (Gaviola, 2024, p. 129)

Sucre destaca en Ayacucho, así como en Junín destaca Rázuri, otro militar que requiere de una vindicación histórica, quien desobedeciendo la orden de retirada que le daba su superior, la reconvierte y lanza la caballería contra el enemigo que ya aplaudía el triunfo realista sobre nuestros ejércitos, convirtiendo la derrota de Junín en un resonante triunfo.

Hubo de todo, hasta los insultos de zambos que lanzaron a Bolívar y a Sucre las damas españolas consideradas de raza pura, raza superior. Todas las aberraciones contra latinoamericanos que venían de rancio abolengo y que como Bolívar venían de familias aristocráticas, pero que en su lucha por la independencia lo dejan todo y mueren tuberculosos en su cama. Claro que se dice que Sucre es el mayor y mejor discípulo de Bolívar, y que nunca se enfrentó con su maestro y su mentor, pero Ayacucho es total estrategia y táctica del mariscal Antonio José de Sucre y de su Estado Mayor, en el que resaltan generales como La Mar, Córdova y Gamarra.

El carácter apolíneo, controlado, disciplinado de Sucre se revela en que el hombre de Ayacucho comía poco, y cuando invita a su Estado Mayor un día antes de la refriega de Ayacucho, solo tiene para invitarles pan, queso, raspadura y un poco de miel con sus invitados sentados en tambores, taburetes y piedras. Su Estado Mayor lo conformaban nada menos que La Mar, Córdova, Miller, Lara y Gamarra, jefe del Estado Mayor; el coronel O'Connor era el primer ayudante del Estado Mayor.

Ese era el carácter espartano de Sucre, quien daba el ejemplo a su Estado Mayor. Comía, además, poco, porque al momento de la batalla de Ayacucho solo le quedaba al ejército patriota raciones para dos días. O sea, la guerra era inevitable porque ya no había comida ni pertrechos militares. La guerra era sí o sí. Apolo, dios griego del orden, el método y la disciplina, tiene seguidores en Sucre como en San Martín, quien se acerca a este modelo; mientras que más báquico o dionisiaco, diría Jung, extravertido y cultor de los placeres era Bolívar.

Bolívar llamaba a Sucre «el impecable, aludiendo a su pureza de costumbres y a sus delicadezas para con las hijas de Eva, por humilde que fuera la condición de estas» (Palma, 1964, p. 1019). En la tradición «No se pega a la mujer» de 1825, Sucre envía a un sargento al calabozo por un mes, pues el militar había pegado a su esposa; así, cae la moraleja

en boca de Sucre, quien según el tradicionista, dice: «Y usted, sargento, vaya arrestado por un mes, y sepa que un proverbio árabe dice que a la mujer no se le pega ni con una flor» (Palma, 1964, p. 1019).

También es útil consignar otra tradición palmista como «Un ventríloquo», de 1825, en la que se narra lo siguiente:

Sus compañeros del ejército de Colombia, siguiendo el ejemplo de Bolívar, eran prosaicos y libertinos en asuntos de amoríos. Valero, como Sucre, era un soldado espiritual, de finísimos modales, culto de palabras, respetuoso con la mujer. El entraba en el cuartel: pero el cuartel no entró en él. (Palma, 1964, p. 1022)

Sucre, como lo dice Palma en su tradición «Bolívar y el cronista Calancha» de 1825, era austero en su forma de vivir, bastante diferente de su maestro Bolívar. Nos dice Palma en su tradición «Un tenorio americano», fechada en 1826, que el general Sucre, quien llegó a ser presidente de Bolivia, era un hombre modesto en el vestir, y «rara vez colocaba sobre su pecho alguna de las condecoraciones conquistadas [...] en quince años de titánica lucha contra el poder militar de España» (Palma 1964, p. 1042).

Sucre no hablaba lisuras y era muy discreto en las palabrotas a las que están acostumbrados los militares, máxime en el éxtasis de la guerra. Se caracterizó siempre, a diferencia de Bolívar, por no proferir nunca obscenidades:

El mariscal Antonio José de Sucre fue un hombre muy culto y muy decoroso en palabras. Contrastaba en esto con Bolívar. Jamás se oyó de su boca un vocablo obsceno ni una interjección de cuartel, cosa tan común entre militares. Aun cuando (lo que fue raro en él) se encolerizaba por gravísima causa, limitábase a morderse los labios, puede decirse que tenía lo que llaman la cólera blanca. Tal vez fundaba su orgullo en que nadie pudiera decir que lo había visto proferir una palabra soez, pecadillo de que muchos santos, con toda su santidad, no se libraro. (Palma, 2022, p. 15)

Hombre joven que había ingresado a la milicia a los quince años, y teniente a corta edad, podía decirse que había pasado la mitad de su vida en los cuarteles. De su vida corta y heroica, muere en una emboscada cobarde de los enemigos de la gesta independentista en la localidad de Berruecos, y recién allí en los momentos aciagos de la agonía previa al paso al más allá, al oírse la detonación del arma de fuego, exclamó Sucre, cayendo del caballo: «¡Carajo!, un balazo...». Y no pronunció más palabra.

Solo entonces, casi expirando, emite un «carajo» en el estertor final de su mística existencia de este guerrero sin par. Desde entonces, quedó como refrán el decir a una persona, cuando jura y rejure que en su vida no cometerá tal o cual acción, buena o mala: «¡Hombre, quién sabe si no nos saldrá usted un día con el carajo de Sucre!». (Palma, 2022, p. 17)

Sucre se controlaba y deja esa estela de autocontrol y de militar disciplinado más cercano a San Martín en cuestión de dignidad, mientras Bolívar es más dionisiaco, bohemio, cultor y amigo del dios Baco en los momentos de bohemia y de las mujeres, pero disciplinado al máximo mientras guerreaba y cruzaba los Andes; de hecho, fue uno de los militares que más anduvo a caballo. Sucre no se queda atrás en cuanto a subir a los Andes, lo cual nos hace ver el espartanismo moral, así como la mística americanista de estos militares en su lucha por liberar a toda América.

Nuestro Mariscal Antonio José de Sucre, dice Palma en “«No se pega a una mujer»:

El heroico Sucre murió asesinado en la montaña de Barruecos. La voz pública señaló como autor del crimen al coronel José María Obando, más tarde general y presidente de Colombia. Obando escribió artículo tras artículo y publicó libro tras libro, rechazando toda responsabilidad. Tarea estéril [...]. En 1860, Obando cayó gravemente herido en el combate de la Cruz Verde; y como si la providencia hubiera querido tomar también parte en el proceso histórico, el único sacerdote que la casualidad proporcionó, en el campo de batalla, para confesar y absolver al moribundo se llamaba Antonio José de Sucre, como su tío el gran mariscal de Ayacucho. Sucre, enamorado, en otro de los rasgos de su carácter, envía a otro colega militar a pedir la mano de una damisela ecuatoriana de la que él andaba prendado. (Palma, 1964, p. 1019)

Los entretelones de la batalla de Ayacucho

Confiesan los historiadores y novelistas, desde Basadre hasta Gaviola del Río y Goñi, que los ejércitos adversarios marchaban hacia la pampa de la Quinua de modo paralelo, avistándose separados por el río Pampas, un caudaloso flujo. Los patriotas son sorprendidos por la retaguardia en Corpahuaico, y perdieron todo su parque, pertrechos, un cañón y trescientos hombres (Palma, 1964); fueron salvados por el heroísmo del batallón Vargas, dirigido por el comandante Trinidad Morán. Los realistas ocupaban las alturas del Pacaicasa y del

Condorcunca, y tenían alrededor de 10 000 hombres, mientras que los patriotas solo contaban con 5800 soldados. Estos únicamente tenían carne para dos días más. Era necesario que se diese la batalla.

Sucre convoca a su Estado Mayor conformado por La Mar, Córdova, Miller, Lara y Gamarra, jefe del Estado Mayor; el coronel O'Connor era el primer ayudante del Estado Mayor. Monet (realista) convoca a Córdova para que se reúnan los familiares que estaban de ambos lados del ejército. Treinta y siete peruanos, entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos quitándose la espada pasaron a conversar cordialmente con ochenta y dos españoles. Posteriormente, el mismo general realista le informa a Córdova que se inicia la batalla.

Desde el grito de guerra de Sucre, con el que pasa a la historia (Palma, 1964): «¡Soldados! De los esfuerzos de hoy depende la suerte de América del Sur. ¡Qué otro día de gloria corone vuestra admirable constancia! ¡Soldados, viva el Libertador! ¡Viva Bolívar, salvador del Perú!» (p. 997). Hasta la arenga de Córdova: «¡División! ¡De frente! ¡Armas a discreción y paso de vencedores!», que genera un poema que Palma (1964) titula *Córdova*, ese Córdova con su armas a discreción, paso de vencedores, a quien magnifica como si fuera un héroe griego, espartano:

*Héroe de la antigua Grecia
transportado al Mundo Nuevo
allí do el combate arrecia
se ve impávido el mancebo.
Ríndete —le grita alguno—
tu esperanza es ilusoria...
Somos ciento y eres uno,
y es nuestra ya la victoria.
Con tranquilo parecer
y altanero sonreír:
Si es imposible vencer,
no es imposible morir,
dijo el soberbio adalid,
y espoleando su bridón
cayó en la revuelta lid
destrozado el corazón.*

Lara, con su división de llaneros y gente de abajo, tenía que emitir lemas que entusiasmasen a su gente. Es célebre la consigna de Lara, que hacía reír a Bolívar porque solo pronunciaba groserías y barbaridades,

incontinente en cuanto a proferir lisuras y malas palabras de alto voltaje. Refiere Palma, en su tradición en salsa verde «La consigna de Lara», que Bolívar también en ocasiones se acordaba de que era colombiano y escupía palabrotas, sobre todo cuando estaba de sobremesa con sus íntimos.

Nada menos que Lara lanza este mensaje de guerra antes de la refriega de Ayacucho: «¡Zambos del espantajo! Al frente están los godos puchueleros. El que manda la batalla es Antonio José de Sucre, que, como ustedes saben, no es ningún cangrejo. Conque así que a apretarse los calzones y... ¡a ellos!».

Ricardo Palma desea dejar un párrafo histórico y una ocurrencia lexicológica a los lectores del siglo XX sosteniendo que muchas interjecciones —obscenas las llamaba el tradicionista— cree él que desaparecerán y morirán con los últimos nietos de los soldados de la independencia. Hay que reconocer que la guerra no es precisamente un campo de señoritas ni un liceo de formas amaneradas, sino un terreno en que los hombres definen del peor modo, a través de su superioridad, su primacía, y ahí no valen los gestos diplomáticos, sino las formas brutales de la ley de la selva, diferente a la tregua diplomática previa a la batalla de Ayacucho, como cuando Monet le pide a Sucre con el concurso de Córdova que los militares de ambos bandos que fueran familiares se reunieran sin espadas a dialogar, tal vez su último encuentro. Esa es una forma civilizada de tratar las diferencias antes de pasar a las formas crudas de la batalla.

Cada cual tiene su estilo de arengar a sus hombres y, de paso, pasar a la historia que recoge estos dichos, lemas, arengas en momentos definitivos, definitorios de un destino de un pueblo, país o continente. En la tradición en salsa verde, precisamente, le pone ese nombre Palma porque la salsa significa el aderezo, ese colorcito que le da sabor a las cosas, esa lisura que alienta la moral, como cuando se dice «¡Viva el Perú, carajo!»; ese epíteto final condimenta y le da sabor y fuerza, es el valor de la interjección en momentos finales, definitivos, de momentos cruciales, y las batallas no son precisamente campos de rosas donde las mariposas vuelan, los ruiseñores trinan y los amantes se miran a los ojos arrebolados de amor. Las guerras, las batallas son campos de Agramante donde todo puede ocurrir y en donde la vida de los que participan pende de un hilo, del azar, de la suerte, de la energía por defenderla como de la traición de una bala inoportuna que siega la vida, la corta de un tajo; un sable que desenvainado va directo a matarte. No se pueden predecir estos hechos, y en esos momentos brota toda la caballada del fondo del espíritu.

Casos de salvajes, casi bárbaros, desfilan en las *Tradiciones en salsa verde* «Un desmemoriado» y «La consigna de Lara».

Bolívar quería al general Lara pero tuvo que controlarlo por la maledicencia de su lenguaje lisuriento y vulgar, una franqueza del tipo «no tengo pelos en la lengua», se diría ahora en los corrillos vulgares. Gente de pelo en pecho, que cree que la franqueza consiste en decir lo primero que pasa por el cerebro sin importar que se genere una guerra mundial y todo tipo de conflicto por su escaso raciocinio de lo que se tiene que decir. Hablan primero y luego piensan, sería el lema de estos señores.

La valentía de nuestros patriotas se ve en esa hora de batalla donde gracias a la frialdad de análisis de Sucre y al apoyo entre cada división militar, se derrota al enemigo.

Palma lo grafica así:

¡Qué hombres, Cristo mío! ¡Qué hombres! ¡Setenta minutos de batalla casi toda cuerpo a cuerpo, empleando los patriotas el sable y la bayoneta más que el fusil, pues desde Corpahuaico, donde perdieron el parque, se hallaban escasos de pólvora (cincuenta y dos cartuchos por plaza), bastaron para consumir la independencia de América. (1964, p. 998)

A mediodía, el virrey La Serna, herido, caía prisionero de los patriotas, a la misma hora en que Fernando VII le confería el título de Conde de los Andes.

Fue un error táctico colocar al ejército español en las alturas, peor aún que la artillería bajara del cerro, cosa que era imposible hacer ordenadamente, lo que llevó a que se perdiera el parque español y nunca se pudiera utilizar, algo que hubiera dado una desventaja a los patriotas que carecían de todo parque de cañones. La táctica estuvo del lado de los patriotas, así como la frialdad de Sucre y sus conocimientos de batalla; el azar y el toque de nervios del militar español Rubín de Celis lo hicieron ingresar a la batalla antes de tiempo, desordenando a los adversarios y generando el caos en sus filas.

Encontramos otra tradición denominada «La maldición de Miller» (1824), en la que Palma cuenta que este militar irlandés —o inglés— escapa de Arequipa cuando entran las tropas realistas. Estaba acostumbrado a vivir en medio de un clima de balaceras, y mientras escapaba de Arequipa recibe el baldazo de orines que le lanzan tres damas hermanas de aquellas nacidas el día en que el buen Dios estuvo de mal humor. Miller las maldijo, escapando de los realistas, diciendo: «¡Permita Dios que siempre duerman solas!» (Palma, 1964, p. 992).

A la batalla de Junín dedica Palma la tradición «El clarín de Canterac». En plena batalla de Junín, Canterac tenía un clarín ubicuo que tocaba en todas partes llamando a la desesperación a los patriotas, a tal punto que Necochea y Miller enviaron unidades para enmudecer al maldito clarín. Llegan los patriotas a punto de ser derrotados hasta que un escuadrón de reclutas peruanos toma la ofensiva y convierte la derrota en victoria, acallando al maldito clarín. Necochea plantearía que lo fusilaran o que se metiera de fraile al cornetista del clarín. La historia conoce a este que tomara los hábitos religiosos en Bogotá como el padre Tena (Palma, 1964).

Visión palmista del general Simón Bolívar

Mucho de lo que sabemos sobre Bolívar lo hemos heredado de lo que en las *Tradiciones peruanas* se dice sobre el Libertador. Hidalgo, hijo de la aristocracia venezolana, fue desde pequeño un niño díscolo (Arroyo, 2024). Ingresó a la milicia muy joven y fue escalando grados hasta llegar a ser general y presidente de la Gran Colombia.

Es considerado uno de los diez grandes militares universales de la historia, al mismo grado y de la misma estirpe de Julio César, Alejandro Magno, Aníbal, Napoleón y otros héroes universales. No solo fue común para Bolívar cruzar los Andes a caballo al frente de toda su tropa con los inconvenientes del clima, de la nieve de las cumbres escarpadas, del terreno abrupto y peligroso, del desbarranco de sus caballos, la caída de los pertrechos militares o de muchos soldados que morían congelados o caídos al precipicio. Es uno de los grandes soldados de América:

Disfrutaba de la buena cocina, pero podía aguantar días, incluso semanas de hambre severa. Pasaba jornadas agotadoras a lomos de su caballo: su resistencia como jinete era legendaria. Incluso los llaneros, domadores de caballos de las recias llanuras venezolanas, lo llamaban con admiración Culo de Hierro. Como ellos, prefería pasar las noches en una hamaca o envuelto en su capa sobre el suelo desnudo. Pero se sentía igualmente cómodo en un salón de baile o en la ópera. Era un soberbio bailarín de conversación ingeniosa, un cultivado hombre de mundo que había leído mucho y podía citar a Rousseau en francés y a Julio César en latín. Viudo y con juramento de soltería, también era un mujeriego insaciable...; nunca había sido soldado. No había recibido entrenamiento militar formal. Sin embargo, con poco más que voluntad y genio de líder, liberó a gran parte de la América española y sembró el sueño de un continente unificado... Se le conoció como el George Washington de América del Sur. (Arana, 2024, pp. 18-20)

Palma toma algunos aportes de otros autores, tanto historiadores como políticos. Así, refiriéndose al aspecto físico y conductual de Bolívar, nos cuenta que:

Era el Libertador delgado y de algo menos que regular estatura. Vestía bien, y su aire era franco y militar. Era muy fuerte y atrevido jinete... Sus ojos, negros y penetrantes, pero al hablar no miraba de frente. Nariz bien formada, frente alta y ancha y barba afilada..., arrogante, caprichoso y con ligera propensión al insulto. Muy apasionado del bello sexo, pero extremadamente celoso. Tenía gran afición a valsar, y era muy ligero, pero bailaba sin gracia. No fumaba ni permitía fumar en su presencia. Nunca se presentaba en público sin gran comitiva y aparato, y era celoso de las formas de etiqueta. Su actividad era maravillosa, y en su casa vivía siempre leyendo, dictando o hablando. Su lectura favorita era de libros franceses, y de allí vienen los galicismos de su estilo. Hablando bien y fácilmente, le gustaba mucho pronunciar discursos y brindis. Daba grandes convites, pero era muy parco en beber y comer. Muy desinteresado del dinero, era insaciablemente ávido de gloria... Los signos más característicos de Bolívar eran un orgullo muy marcado, lo que presentaba un contraste con no mirar de frente sino a los muy inferiores. El tono que empleaba con sus generales era extremadamente altanero, sin embargo, que sus maneras eran distinguidas y revelaban haber recibido muy buena educación. (Palma, 1964, p. 1016)

Pero también su arrogancia lo podía llevar a profundos cambios de humor, dado que era bilioso, nervioso como un corcel y no aguantaba pulgas ni chanzas a sus espaldas. Por ejemplo, cuando unas hermanas chuquisaqueñas en Bolivia, las señoritas Calvimontes, de rancia aristocracia boliviana le envían una sopera de plata con un supuesto chupe de leche —que no existía— y que en su lugar había una carta, cuyo último verso sacó de quicio al libertador e hizo que este decidiera abandonar de inmediato la ciudad. Acaba la misiva que le enviaban las hermanas Calvimontes en la tradición «Una chanza de inocentes» (1825) con dos versos que se le atragantaron a Bolívar y no los pudo pasar. Decía la tarjetita de las hermanas Calvimontes en sus dos últimos versos: «... auséntate, no profanes este túmulo de honor» (Palma, 1964, p. 1021).

Pero, además, en Palma se asegura la rectitud de este militar de quien no se duda de su nivel de justicia. Así, en la tradición «La justicia de Bolívar», fechada en 1824, se refiere que Bolívar residía con su Estado

Mayor en Caraz preparando la campaña que llevaría a los triunfos de Junín y Ayacucho.

Las tropas colombianas arrasaban con las mujeres que encontraban a su paso en Huaraz. Bolívar, pese a ser un mujeriego, da una ejemplar sanción al soldado que había querido deshonrar a una ilustre huaracina, y de paso al batallón Vargas, cumbre de la oficialidad colombiana, pese a todo el afecto que él sentía por los militares colombianos, sus granaderos de siempre, el batallón histórico de sus luchas independentistas.

Tanto en la mencionada tradición como en «El padre Pata», Palma, pese sus reticencias sobre Bolívar, elogia al libertador de la siguiente manera:

Un mandatario justo, quien entiende los derechos y la honra de la población civil y, en ningún momento, admite los abusos que a veces cometían sus oficiales y sus soldados. Su alto sentido de justicia permite que hasta los godos, en este caso concreto la señora de Munar, abandonen sus convicciones anteriores y hasta se unan a la gesta libertadora. (Piotrowski, 2002, p. 41)

El tradicionista sostiene que digna del gran Bolívar es la orden de sepultar al soldado, calificado de delincuente por haber querido violar a una joven, entierro que se habría de realizar sin honores militares y que llevaría a reemplazar la disciplina militar.

Nos cuenta Palma:

Después de sepultado el capitán colombiano, dirigióse Bolívar a casa de la señora de Munar y la dijo:

—Saludo a la digna matrona con todo el respeto que merece la mujer que, en su misma debilidad, supo hallar fuerzas para salvar su honra y la honra de los suyos.

La señora de Munar dejó desde ese instante de ser goda, y contestó con entusiasmo:

—¡Viva el Libertador! ¡Viva la patria! (Palma, 1964, p. 1001)

Ya por entonces, se escuchaba cantar en la catedral entre la epístola y el evangelio, lo siguiente:

*De ti viene todo
lo bueno, Señor:
nos diste a Bolívar,
gloria a ti, gran Dios.* (Palma, 1964, p. 1010)

La tradición «La carta de la libertadora» de 1824 ensalza la figura de Manuela Sáenz, joven patriota ecuatoriana que rompió lazos matrimoniales con su esposo, Thorne, y le envía una carta que es la cumbre de la libertad de la mujer, de la reivindicación de las decisiones del destino por parte de la mujer, lejos de las reconvenções sociales (Palma, 1964, p. 1010).

En la tradición «La vieja de Bolívar» se plantea que el libertador:

Era golosillo por la fruta vedada del Paraíso. La señorita Manolita Madroño, ancashina ella que lo acompañó de mayo a noviembre en que estuvieron en Áncash, le guardó un eterno recuerdo no casándose con ningún otro galán... Cuando le preguntaban a doña Manolita Madroño ya en su edad senil: «¿Cómo está la vieja de Bolívar?», pregunta a la que ella responde, sonriendo con picardía: «Como cuando era la moza». (Palma, 1964, p. 1009)

Es, pues, Ricardo Palma quien construye en gran parte la biografía de Bolívar enhebrando sus virtudes y desviaciones, y elevándolas al rango de conceptos históricos, de realizaciones, de aspiraciones, de rasgos geniales. Gracias a Palma sabemos que Bolívar era un donjuán empedernido, un mujeriego sin sosiego, así como un hombre culto y locuaz como él solo, de fino verbo y que se despachaba en lisuras cuando estaba a solas con sus amigotes militares y gente de confianza.

La tradición «Las tres etcéteras del libertador» es el sumun del Bolívar mujeriego. Sostiene Palma que las mujeres le habían salvado la vida en numerosas oportunidades. Así, nos dice al respecto:

Que don Simón Bolívar cuidase mucho del aseo de su personita y que consumiera diariamente hasta un frasco de agua de Colonia, a fe que a nadie debe maravillar... Si don Simón Bolívar no hubiera tenido en asunto de faldas aficiones de sultán oriental, de fijo que no figuraría en la Historia como Libertador de cinco Repúblicas. Las mujeres le salvaron siempre la vida. Dos asesinos intentaron matarlo acuchillándolo en la hamaca en la que dormía y matan a otra persona, ya que Bolívar estaba durmiendo en cama de una preciosa joven dominicana y en otro caso con una dama de la vecindad cercana al campamento militar. Y otra en Bogotá cuando la amante de ocasión lo defiende frente a los conjurados, los detiene ganando tiempo Bolívar para escapar por la ventana de su amante. (Palma, 1964, p. 1014)

Sostiene Palma que la historia no discute que Bolívar tuvo gustos sibaríticos, y con eso abona la tendencia al chismorreo de la humanidad

que pierde su tiempo en decires, chismecillos de barrio y se agota en la vulgaridad. Los tres etcéteras luego de la buena cama significaban como al final deciden los sabios consultados, conseguir tres mozas, ya que «el libertador, que es muy devoto de Venus, necesita para su gasto diario». Por ello, deciden conseguirle tres ninfas, para que «su excelencia, según mis noticias, ha de darse por bien servido siempre que las chicas sean como para la cena de Nochebuena».

Dice Palma, zocarronamente, que el gobernador de Caraz eligió a las tres doncellas bajo el emblema y lema poético de que:

*De las flores, la violeta;
de los emblemas, la cruz;
de las naciones, mi tierra,
y de las mujeres, tú.*

Al final, Bolívar ordena que liberen a las mozuelas —las tres etcéteras— tras descubrir que habían sido obligadas por la tropa a servir al libertador, y, además, probablemente porque traía, según Palma, a doña Manolita Madroño, la ancashina que lo acompañó por una larga temporada y a la que el tradicionista le dedica «La vieja del Libertador». El libertador terminó destituyendo al gobernador.

Importante es consignar, con el fin de enhebrar la figura de Bolívar, la consideración de *Tradiciones en salsa verde* de don Ricardo Palma, un librito más delgado en donde encontramos importante información sobre los libertadores. Así, pues, nos dice Palma que tan dado era don Simón Bolívar a singularizarse, que hasta su interjección de cuartel era distinta a la que empleaban los demás militares de su época. Donde un español o un americano habrían dicho «¡Vaya usted al carajo!», Bolívar decía «¡Vaya usted a la pinga!» (Palma, 2022).

Histórico es que cuando en la batalla de Junín, ganada al principio por la caballería realista que puso en fuga a la colombiana, se cambió la tortilla, gracias a la oportuna carga de un regimiento peruano, varios jinetes pasaron cerca del general y, acaso por halagar su colombianismo, gritaron: «¡Vivan los lanceros de Colombia!». Bolívar, que había presenciado las peripecias todas del combate, contestó, dominado por justiciero impulso: «¡La pinga! ¡Vivan los lanceros del Perú!» (Palma, 2022, p. 9).

Bolívar, asombrado ante Francia, dictador de Paraguay, le envía una nota en la tradición «Entre libertador y dictador», escrita en 1825, pidiéndole que sacase a Paraguay del aislamiento con el resto del mundo civilizado enviando y recibiendo agentes diplomáticos y

consulares. Francia le contesta, en síntesis, que «seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes de que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de oliva el pérfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan», a lo que responde Bolívar a su secretario Estenós en su clásico «¡La pim... pinela! ¡Haga usted patria con esta gente!» (Palma, 1964, p. 1026).

La presidencia vitalicia le hace perder el afecto de los peruanos. Por ello refiere Palma la tradición «La fiesta de San Simón Garabatillo» (1826) que el maestro Faustino Guerra, el 28 de octubre de 1825, Día de San Simón y Judas, se celebró en grande en todo el Perú salvo en Lampa. Allí no se hizo manifestación alguna de regocijo, por lo que el buen Faustino hizo azotar a sus alumnos debido a que se cumplía el cumpleaños del libertador de la patria y ante la negativa de celebraciones de parte de los lampeños, les dio la azotaina para que tuvieran siempre guardada en la memoria el Día de San Simón. Desde entonces, aquellos muchachos, ya hombres, se reúnen en Lampa el 28 de octubre y celebran una comilona brindando por Bolívar, por don Faustino Guerra y por san Simón Garabatillo, el más milagroso de los santos en achaques de refrescar la memoria y calentar las partes posteriores.

Nos dice Palma en su tradición «Un despejo en Acho» (1826), que despejo era un baile de cuadrillas, costumbre de las corridas de toros de la época del virrey Abascal:

A San Martín y Bolívar, que no eran taurófilos, no les convenía indisponerse con el pueblo cortando por lo sano, y muy a su pesar toleraron que los veteranos del ejército continuaron exhibiéndose en la plaza de Acho... Se celebra la retirada de Bolívar del Perú con una festividad en Acho de parte del cabildo de Lima, que siempre fue taurómano. Don Simón Bolívar ocupó su asiento en la galería del Gobierno. El despejo fue atroz, no gustó al público quien se enardeció protestando, calmándose con la salida del primer toro de lidia. Hubo una persona, un capitán que protestó contra los despejos. Se llamaba Felipe Santiago Salaverry. (Palma, 1964, p. 1040)

En la tradición «La última frase de Bolívar» de 1830, en señal de cuan arrogante y megalómano era Bolívar, pregunta este ya próximo a la muerte, demacrado, consumido por la tuberculosis, la misma que matara a su madre y padre:

—¿Sabe usted, doctor, lo que me atormenta al sentirme ya próximo a la tumba?

—No, mi general.

—La idea de que tal vez haya edificado sobre arena movediza y arado en el mar. ¿No sospecha usted, doctor, quiénes han sido los tres más insignes majaderos del mundo? Acérquese usted, doctor, se lo diré al oído: los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, Don Quijote y... yo. (Palma, 1964, pp. 1053-1054)

Siempre altivo y megalómano, Bolívar se convierte para él en un personaje de las calidades de Jesucristo.

Tal vez haya que seguir considerando los criterios de Mitre que Palma menciona en «Parrafadas de crítica», cuando sostiene que Bolívar debía tener una idea muy exagerada de la imbecilidad de los pueblos cuando pretendía engañarlos con apariencias que no lo alucinaban a él mismo. Él sabía, y todos los sabían, que su imperio solo duraría lo que durase su vida, cuyos días estaban ya muy contados. Tan es así que en el pacto entre Bolívar y el Perú, se agregó este artículo:

Muerto el libertador, los cuerpos legislativos quedarán en libertad de continuar la federación o disolverla... Tenía la conciencia de que era un imperio asiático el que pretendía fundar, sin más título que la gloria del conquistador, ni más sostén que el pretorianismo... No quería ser un tirano, pero fundaba el más estéril de los despotismos. (Palma, 1964, p. 1502)

El respeto a los generales españoles

En la tradición «El fraile y la monja del Callao» (1826), nos ofrece Palma datos sobre la resistencia de Rodil, quien luego de la capitulación de Ayacucho continuó acuartelado en el Real Felipe por cerca de trece meses en un área de media legua cuadrada. El pabellón de Castilla flameaba en el Callao, y preciso es confesar que la obstinación de Rodil en defender este último baluarte de la monarquía cayó en heroica temeridad (Palma, 1964).

Contaba al inicio de su encierro en el Callao con 2800 soldados, de los cuales quedaron tras su capitulación solo 376 en estado de manejar un arma. De unos 8000 asilados, nobles y civiles en general quedaron solo 700 almas. Expulsó a 2398 personas del Real Felipe, dado que tenía que conseguirles alimentos y provisiones. Mucha gente murió producto del escorbuto, numerosas pestes y disentería. Se rindió entre el 11 y el 23 de enero de 1826, tras ser traicionado por el comandante Ponce de León, amigo personal, y el comandante Riera. Ambos se pusieron del lado de los patriotas.

Rodil, ya en España, fue homenajeado por sus paisanos y fue el único al que colocaron el mote de Ayacucho. Rival de Espartero, sus amigos les habían colocado este mote. Ambos eran rivales. Llegó a ser virrey de Navarra, marqués de Rodil y otros cargos honoríficos más. Elogia Palma la tenacidad y terquedad de Rodil, quien no obedeció la capitulación de Ayacucho que le alcanzó el general Canterac tras la batalla.

En la sección «Las tradiciones del Perú independiente» (1821-1830), específicamente en la tradición «Un general de antaño» (1823), narra Palma la historia del mariscal de campo don Jerónimo Valdés, nacido en 1784 en un pueblo de Asturias, quien ya habiendo obtenido el grado de bachiller, se une a los españoles que lucharon contra la invasión napoleónica. Con posterioridad, llega al Perú en 1816 en compañía del virrey La Serna (Palma, 1964).

Este es uno de los generales que estará presente en la batalla de Ayacucho y que será derrotado pese a su fuerza, energía y sapiencia militar. Es uno de los más aguerridos generales derrotados en Ayacucho, y recuerda que, desmoralizado ante la derrota de Ayacucho, se sienta en una piedra a morir, a que algún soldado peruano lo mate, pero es salvado por su tropa.

Narra Palma también cómo regenera al niño aristócrata Juan José Larrea, niño mimado quien gracias a los consejos de Valdés llega a ser general de la República y ministro de Estado bajo la administración Santa Cruz, listo para ser presidente en la línea de sucesión establecida. Por otro lado, Valdés, demostrando su imparcialidad y cierta ética de costumbres, ajusticia a un negro que había apedreado a Sucre; en palabras de Palma, «su negro intentó asesinar al general Sucre, que es tan general como yo, aunque militemos bajo distinta bandera, y yo no he aprendido a perdonar a cobardes asesinos» (Palma, 1964, p. 985).

En medio de todo, Valdés demuestra esa caballerosidad militar de antaño, que se corrobora cuando le pide a Miller ser amigos porque eran valientes luego de la derrota de Ayacucho. Es decir, hay estima entre militares, aunque sean de signo diferente, y en Valdés se ve su talante caballeroso, su fuerza de carácter, ya que era un general que arrasaba con todo a su paso y demostraba gran valor y coraje.

Ese general Valdés será uno de los grandes miembros del Estado Mayor español durante la gesta de Junín y Ayacucho, Estado Mayor de primera que tenía nada menos que al virrey a la cabeza, el que a su vez era militar, y de paso tenía gente como Canterac, que había peleado en diversos lugares del mundo defendiendo al realismo ibérico.

El general Jerónimo Valdés, de lo mejorcito del Estado Mayor realista, fue siempre un fanático de La Serna y su amigo leal, que lo

siguió desde España hasta estas comarcas. Así nos lo dice el tradicionista Palma en «Parrafadas de crítica», en el artículo «La guerra separatista del Perú»:

El tomo contiene, con el carácter e preliminar, la exposición que el general don Jerónimo Valdés dirigió desde Vitoria, en julio de 1828, al rey don Fernando VII, documento que hasta ahora permanecía inédito, pero del cual tuve, hace tres años, oportunidad de leer una copia entre los manuscritos que poseía mi egregio amigo el general Mendiburu, autor del diccionario histórico biográfico del Perú... En tres partes divide el señor general Valdés su exposición, y en la tercera y última, a probar que la batalla de Ayacucho no se perdió por traición ni por ignorancia, sino por cobardía de la tropa (colecticia y en tres cuartas partes compuesta de peruanos) y por haberse adelantado, más de lo que se previno, el comandante del primer regimiento de la izquierda. Achaques quiere la muerte.

Como el general Mendiburu, creo sinceramente que Valdés fue un distinguido talento: un militar instruido, gran ordenancista y mejor táctico; soldado valiente, decidido, perseverante, desinteresado y severo solo cuando la severidad era oportuna... Es indudable que el general Valdés fue de los pocos hombres que hacen de la amistad un culto, y que todo lo sacrifican ante ella. En 1816, vino de España con La Serna, embarcados en la fragata Venganza y después de la capitulación de Ayacucho regresaron juntos a Europa en la Ernestina. Eran dos inseparables: estaban ligados por el afecto más que los hermanos siameses ligados por un cartílago...

El militarismo derrocó a Pezuela no por lealtad ni amor al soberano, sino porque solo prolongando la guerra había ancho campo para ascensos y cuadros... Dieciocho jefes, convirtiéndose en cuerpo deliberante, destituían al que representaba al soberano, al virrey Pezuela, que había servido al rey más que todos ellos reunidos. Abusaron de la ignorante tropa que los obedecía, y a la cual desmoralizaron, dejando al Perú un ejemplo funesto. (Palma, 1964, p. 1489)

Los militares amotinados que dieron el golpe de Aznapuquio, destituyendo al virrey Pezuela y colocando como virrey al general José de La Serna, eran los brigadieres Canterac y Valdés; los coroneles Bayona, Toro, marqués de Valle-Umbroso, Landázuri, Rodil, Otero, Ferraz Sabene, Bedoya y Martín, y los comandantes García Camba, Ramírez, Narváez, Ortiz Tur y García.

Un mes antes de la felonía de Aznapuquio, el general Ramírez, que mandaba las fuerzas del alto Perú, escribió desde Arequipa al rey de España, manifestándole que la adhesión de los pueblos a la causa independiente era incontenible; que el espíritu revolucionario había penetrado hasta en los cuarteles donde, a fuerza de rigor, había tenido que reprimir varios amagos de motín; y terminaba asegurando que si de la metrópoli no se enviaba pronto una poderosa escuadra, el Perú se perdería para la Corona. Ramírez no hizo en este documento más que repetir lo que Pezuela, en diversos oficios, había comunicado a la Corte. El mismo La Serna, a los cuarenta días de ser gobierno, clamaba por buques y refuerzos de tropa, reconociéndose ya tan impotente como Pezuela para detener la ola revolucionaria... La Serna vindica con él al anterior virrey, que no pudo hacer más de lo mucho que hizo. (Palma, 1964, p. 1491)

Y, para terminar, debo añadir a mi ponencia lo siguiente:

El gobierno militar y civil en manos de los hombres de Aznapuquio fue un elefante blanco, pues ni siquiera amargaron a las fuerzas de San Martín o las derrotaron, como creían fácil cuando mandaba Pezuela. Se mantuvieron seis meses a la defensiva, entre los muros de Lima, dando campo para que los patriotas aumentasen sus fuerzas y ganasen en prestigio. El día de la desgracia llama el general Valdés al de Ayacucho. No, el día de la desgracia fue el de Aznapuquio, porque fue el día del deshonor. La derrota no fue sino el corolario preciso, inevitable, de la desmoralizadora e injustificada rebeldía. El día de Ayacucho no fue más que el día de la expiación para el militarismo, ambiciosos y corruptor, que sembró en el Perú semilla cuyo fruto estaba cosechando todavía en nuestros tiempos de república. (Palma, 1964, p. 1492)

Referencias bibliográficas

- Arana, M. (2020). *Bolívar. Libertador de América*. Penguin Random House.
- Arroyo, E. (2024). Simón Bolívar, Libertador de América. *Boletín de Humanidades de la Universidad Ricardo Palma*.
- Chanamé, R. (2024). Bolívar, República vertical y antimonárquica. En E. Arroyo (Ed.), *El Bicentenario de la libertad de América: Junín y Ayacucho 1824-2024*. Universidad Ricardo Palma.
- Gaviola, G. (2024). *Ayacucho. La batalla final por la independencia del Perú*. Penguin Random House.

- Goñi, F. (2021). *Un día de guerra en Ayacucho*. Fondo de Cultura Económica del Perú.
- Gonzales, J. (2024). Bolívar, el Congreso de Colombia y la victoria de Junín según la gaceta de Colombia. En E. Arroyo (Ed.), *El Bicentenario de la libertad de América: Junín y Ayacucho 1824-2024*. Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2022). *Tradiciones en salsa verde*. Revuelta Editores.
- Palma, R. (1964). *Tradiciones peruanas completas*. Aguilar.
- Piotrowski, B. (2002). La interpretación axiológica-literaria de la imagen de Bolívar en la obra de Ricardo Palma. *Aula Palma*, 2. Instituto Ricardo Palma, Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.
- Tanner, R. (2005). *El humor de la ironía y la sátira en las Tradiciones peruanas*. Universidad Ricardo Palma.

Recibido el 15 de septiembre de 2024

Aceptado el 5 de noviembre de 2024